



✘ **LA COMIDA EUCARÍSTICA DEL TAPIZ DEL HAMBRE MISEREOR** ✘
“Esperanza para los Marginados”

Breves reflexiones sobre este fragmento del Tapiz del Hambre:

- ❖ Las manos del Resucitado son de tamaño muy superior a las del resto de los comensales. Ya en la iconografía bizantina y después en el arte románico y gótico la jerarquía de talla se correspondía con la jerarquía de dignidad, por lo que se recurrió con mucha frecuencia a este recurso para resaltar la figura de Cristo.
- ❖ La predilección de Dios en clave vetero y neotestamentaria se focaliza en el **indio** americano, que es el personaje con mayor sufrimiento no sólo por la marginación social, que comparte con el resto de los comensales, sino también por la herida física. Viste con los colores del **Arco Iris**, símbolo de la Alianza y sostiene en su mano derecha herida, vendada y sangrante la primera fracción del pan eucarístico repartida por el Resucitado, sacramento de la Alianza Nueva y Eterna.
- ❖ Sobre la mesa hay **cinco** panes y **dos** peces y tres fracciones del pan.
- ❖ Dominando el centro de la mesa, se halla un enorme vaso de vino tinto en el que se **refleja el rostro**, invisible en el cuadro, del Anfitrión. Presencia del Señor en el vino eucarístico.
- ❖ Hay seis invitados del Tercer Mundo y dos occidentales que, encorvados sobre sí mismos, no parecen tener ningún interés por el Anfitrión ni por el resto de los comensales.
- ❖ Todos son laicos.
- ❖ La persona que se halla más próxima y más afectuosa con el Resucitado es una **mujer**.

LA COMIDA EUCARÍSTICA DEL TAPIZ DEL HAMBRE MISEREOR

Introducción

El símbolo central del actuar terreno de Jesús fue la mesa y la comunidad de mesa que se reunía en torno suyo. Por eso, es teológicamente consecuente que el mundo iconográfico del Tapiz del Hambre encuentre en la escena de la comida, en la parte superior derecha, su punto culminante.

Intentemos a continuación aproximarnos al cuadro, dejándonos captar por su mensaje tan intensamente como nos sea posible.

La mesa

En el centro de nuestro cuadro vemos una larga mesa, cubierta por un mantel, que, en perspectiva está abierta para nosotros. En primer plano, observamos en una bandeja dos pescados de un verde tan reluciente que parecen estar vivos. Están rodeados de dos panes cocidos y de buen tamaño. Delante de ellos podemos descubrir dos manzanas de un verde rojizo y un limón con su amarillo peculiar. A la derecha, detrás de la fuente con los dos pescados y entre los panes hallamos un cuenco lleno de arroz y detrás dos vasos, uno lleno de agua, así como una jarra de barro. También hay una pequeña jarra verde de vino y una especie de botella blanca con agua y, más al fondo, uvas maduras y fracciones de pan de substanciosos granos.

Los comensales

A cada lado de la mesa se sientan cuatro personas. Por la expresión de su rostro así como por el diferente color de su piel aparecen como representantes de los distintos continentes, de modo semejante a las personas que aparecen en la ventana del Arca de Noé. En la parte izquierda de la mesa, un *rostro de piel oscura*, con los ojos llenos de esperanza dirigidos al Anfitrión, con la boca abierta y la mano preparada para coger; se trata de un representante del continente africano o un descendiente de los esclavos negros llevados a América latina. Junto a esta figura, un *hombre que se puede identificar como indio*, cuya mano derecha está envuelta en una venda, en la que se hacen visibles manchas de sangre; su rostro también lleno de esperanza como el de su vecino, con la mirada hacia arriba y sosteniendo en la mano herida una fracción del pan. En primer término, vemos una *pareja de enamorados*, la mujer de pie, su rostro inclinado sobre el del hombre que está sentado, las mejillas juntas; la mano derecha de la mujer abraza amorosamente el hombro del hombre; éste le ofrece un ramo de rosas rojas.

En la parte derecha de la mesa, vemos a una *mujer* vestida con el mismo color rojo que la enamorada, que con su cabeza y con su mano izquierda acaricia una de las grandes manos que en el cuadro vienen de arriba. A su lado descubrimos a un *niño* de piel obscura, que se agarra fuertemente a la mesa con ambas manos para poder mirar hacia arriba. Detrás se sienta, probablemente sosteniendo al niño, otra *mujer* con aspecto asiático que también mira hacia arriba y a su lado izquierdo está sentado un *negro* que acerca un vaso de vino a sus labios y parece feliz mientras la asiática coloca su mano derecha sobre su hombro.

El Anfitrión: Sus manos

Posiblemente ahora percibamos conscientemente las *dos grandes manos* que presiden nuestra escena al frente de la mesa. Son identificables como las manos del Cristo pascual por los estigmas de la Pasión y por el gesto de partir el pan. El Resucitado, en su aparición corpórea, no se deja ver – como en todos los cuadros de Sieger Köder. El se sustrae a la mirada humano-terrenal. Pero Su rostro se refleja, para el que pueda ver con los ojos de la fe, en el vino del gran vaso del centro del cuadro.

La tertulia pintada aquí, desde Pascua, entra en el resplandor de la celebración eucarística postpascual de la Iglesia. Por eso, llama fuertemente la atención que el pintor no concentre los dones de la mesa en el pan y el vino, un pan vigoroso y cercano a lo diario y una gran copa llena de vino, sino que amplía éstos, como en una comida normal diaria, con pescado, arroz, fruta y agua y, de este modo, expresa el inseparable enlace de la comida diaria y la eucarística. En otros contextos existenciales el pan, tan familiar para nosotros, no es un alimento fundamental, utilizándose otras alternativas como por ejemplo el arroz, que vemos en esta mesa.

En un contexto eucarístico así, que alude a las experiencias de la primera Iglesia en sus encuentros con el Resucitado, extraña la libertad del artista de formar la tertulia alrededor del Cristo pascual con figuras del mundo de hoy y además escenificarlas tan “mundanamente”: en verdad, contemplamos las caras del negro y del indio como la del niño y la de la asiática, llenas de esperanza en Cristo; pero, los dos enamorados están totalmente ocupados en ellos mismos y dedicados por completo el uno al otro; y la mujer, por su parte, parece darse totalmente por satisfecha con la experiencia de su “cercanía”; y el negro, en primer plano, es el único que se lleva a la boca un vaso de vino tinto (¿eucarístico?), dando la espalda de forma extraña a los demás comensales, así que se hace necesario por medio de un contacto con la mano de la asiática que vuelva a la realidad de la comunidad de mesa con Cristo como Anfitrión.

